

La revolucion sucumbe.

Los revoltosos del Sur han recibido el golpe de gracia en Arauco donde el resto de la gran montonera de Tirapegui fué derrotado completamente por los bravos e intrépidos defensores del orden.

Este acontecimiento asegura de un modo definitivo la pacificación del Sur y permite disponer de mas tropas para aumentar las que van decididas y entusiastas a restablecer la autoridad legal en las provincias del Norte.

El ejército pacificador que opera sobre Coquimbo se compondrá, con los nuevos refuerzos que le lleguen, de un número doble de hombres que el que tiene el de los insurrectos encerrado en la Serena.

Estimando las probabilidades fundadas sobre los hechos y no las que se basan en los caprichos del acaso, el triunfo de la causa del orden es seguro, preciso, inevitable.

A no ser que los revoltosos de Copiapó posean algun amuleto, es imposible que resistan a tropas mas fuertes en número y disciplina y mas aguerridas. La mayor parte de los valientes soldados que las componen han dado pruebas de singular bravura y arrojo en los campos del Sur, y no hai razon para que no se porten con igual denuedo en los campos del Norte.

Aun el mismo descalabro que sufrieron en la Quebrada de los Loros es una prueba brillante de su intrepidez. Los que se encontraron frente a frente de ellos en esa fatal jornada, los que se vieron arrollados por sus intrépidas cargas, los que vieron caer en el campo once oficiales y multitud de soldados muertos o heridos por sus balas, saben apreciar mejor que nadie el valor de los denodados defensores del orden. El mismo jefe de los insurrectos, que en el campo de batalla sintió a la muerte hablarle demasiado cerca al oído, fué el primero en reconocer y consignar en los partes oficiales, el furioso arrojo con que esos sus enemigos lo atacaron en sus primeras posiciones. El sabe tambien que si de ellos hubiera solo dependido, la campaña de Monte Amargo como la de los Loros habrían tenido un éxito muy diverso y que quizás en este instante los sostenedores del orden ocuparían las provincias de Copiapó y Coquimbo.

Ni el resultado obtenido en esas jornadas pueden servir de probabilidad favorable a los insurrectos. Ellos estan seguros que los valientes del ejército pacificador, bien dirigidos en el combate, no cejarán un palmo de terreno en el campo de batalla.

Pero por muchas y muy grandes que sean las probabilidades de buen éxito que tiene la causa del orden en una batalla, deseamos con todo ardientemente que ella triunfe, si es posible, sin el concurso de un sangriento y reñido combate.

Nosotros, como todos los buenos ciudadanos, deseamos que los laureles de la paz no se obtengan teñidos en sangre; como ellos tambien deseamos que la conciliacion evite que el conflicto del Norte sea zanjado con el golpe mortífero de las armas.

¿Pero quienes son los que deben dar el primer paso hacia una solucion pacífica?

Hai algunos que desearios de obtener la paz a cualquier precio, aun cuando fuera comprometiendo la suerte futura del país, creen y opinan que el gobierno es quien debe tomar la iniciativa. Semejante modo de raciocinar revela cierto aturdimiento, cierta impremeditacion que, tomando solo en cuenta los males del presente, no se cuida en prevenir o conjurar los que surgirían para el porvenir.

El gobierno no puede, sin faltar a su dignidad y al deber que le prescriben las leyes, que está obligado a obedecer, iniciar proposiciones de avenimiento con los que han empuñado las armas contra las autoridades constituidas. El obra en nombre de la lei y de la justicia al emplear la fuerza para obligar a los insurrectos a entrar en el sendero demarcado por estos dos principios sociales, y la única conciliacion posible cuando se obra en este sentido es someterse al imperio de esa lei que sin derecho alguno se pretende atropellar. En este caso el gobierno solo puede ofrecer un perdón condicional a los que depongan las armas.

Si por conciliacion entienden algunos que el gobierno ceda en algo a lo que se le pide con las puntas de las bayonetas y las bocas de los cañones, entonces, abogar por una tal conciliacion, seria abogar por el mas monstruoso de los absurdos. ¿Qué dignidad, firmeza ni respetabilidad tendría el Gobierno que hiciera concesiones a los que se han sublevado a mano armada contra el orden establecido? Si se observara semejante conducta seria establecer el mas funesto de los precedentes, porque los descontentos de todos los tiempos apelarian siempre a las armas, seguros de obtener por este medio algun resultado favorable a sus pretensiones. Las sublevaciones, los motines, las

guerras civiles se sucederian frecuentemente unas tras otras. Conciliaciones obtenidas de ese modo y a tal precio, traerian una paz de algunos instantes, pero dejarian abierta una fuente de donde no tardarian en brotar torrentes de sangre que no cesarian de correr hasta que no se agotase la vida de la nacion.

No seamos egoistas; cortemos los males de raiz aunque para ello tengamos que sufrir ahora grandes desgracias; pero no por librarnos de estas dejemos a las generaciones venideras antecedentes que las envuelvan en interminables calamidades.

Nadie debe, pues, dudar que los obligados a dar una solucion pacífica al conflicto en que nos encontramos son los que primero dieron el grito de guerra en medio de la sociedad. Ellos son los que deben devolver a esta la paz que le quitaron.

Las desgracias y perjuicios que la revolucion ha causado al país son tantas y tan grandes que debian ya hacerla detener su carrera de devastacion y estragos e infundirla un pleno convencimiento de que sus ataques se estrellarán contra la causa del orden como contra un formidable muro de bronce.

Está escrito que la revolucion no triunfará. Sin garantías, sin uniformidad y sin programa, la sociedad la rechaza y la condena. Persistir en sus intentos es obstinarse ciegamente en sacrificar hombres a un obcecado orgullo, tanto mas criminal cuanto mas resiste a los doloridos clamores de la patria desfallida y agobiada por las continuas matanzas y desastres.

Oigan, pues, los revolucionarios del Norte alguna vez siquiera la voz del patriotismo; depongan las armas y no se obstinen en dar un combate cuyo éxito les será funesto y en el que perecerá tanto ciudadano útil. No deis esa otra feroz puñalada en las entrañas de vuestra patria!

Montoneras

DE LOS CERRILLOS DE TENO.

De una carta datada en Curicó el 14 del actual, dirigida por un extranjero que se ha ido a residir en aquel pueblo a otro que reside en Santiago, tomamos lo siguiente, que prueba que los políticos de los Cerrillos hacen una guerra sin cuartel al bolsillo de los pasajeros indefensos.

«Mi viaje de San Fernando a Curicó fué lleno de aventuras mas o menos peligrosas. Siguiendo los consejos del señor Intendente Lavín, me acompañe con la fuerza del gobierno compuesta de 17 hombres, un teniente, un subteniente y el capitán Echavarría, todos los cuales iban reunidos con 15 o 16 mulas cargadas de municiones entre las que se encontraban tambien los caballos del Sr. D. José Santos Castilla, y la mula que traia mi equipo.

Me acompañaba en el coche un caballero chileno que iba tambien para Curicó y a caballo dos personas mas que viajaban juntas con nosotros, cuando al llegar a los Cerrillos de Teno divisamos una montonera que se aproximaba hacia nosotros. Temerosos de tener que sufrir si nos veian reunidos con la tropa del gobierno, nos adelantamos confiados en las fementidas promesas que nos habian hecho las dos personas que viajaban a caballo en nuestra compañía de que no nos sucederia nada yendo con ellos, por que conocian a algunos de los montoneros; pero pronto nos encontramos con una partida que poníendonos 30 fusiles en el pecho a manera de asesinos, nos intimó rendicion.

Entonces yo, con mucha calma, les dirigí estas palabras: «shemos caido en vuestras manos, pero creo que si sois caballeros no os atreveréis a hacer mal alguno a hombres indefensos; podeis matarnos, pero matar al indefenso no es gran gloria ni prueba valor en los que lo hacen.» A estas palabras un joven al parecer decente, les mandó bajar las armas, prometíendonos a fe de caballero que nuestras personas e intereses serian respetados.

Le di las gracias porque creí que sus palabras fueran verdaderas, mientras tanto sus soldados o montoneros nos saqueaban. En esto llego otro individuo que parecia tambien decente, nos manda bajar del coche; hecho lo cual, se apoderó de él con todo lo que contenia y se lo lleva consigo.

Los dos caballeros que viajaban a caballo en nuestra compañía se separaron mientras sucedia lo que le he dicho. Uno de ellos libró sin sucederle cosa alguna de particular, pero no así el otro, porque despues de haberlo echado a tierra lo hirieron, dejándolo casi muerto y enteramente desnudo.

Me encontraba, pues, con solo una persona a mi lado, la que me acompañaba en el coche, en medio de los mayores peligros, porque veia que alejarse a pie era imposible sin tener que esponerse a ser asesinado por hombres que se precian de valientes contra los indefensos. En estos apuros nos sentamos sobre un montón de piedras desde donde pudimos ver muy bien, aunque con gran peligro, todo lo que sucedió a la intrépida y valerosa tropa del gobierno, la que viéndose rodeada de mas de 300 montoneros, empezó por dar una carga a la partida que mas de 100 individuos, compuesta de soldados y cierta distancia de ella ciudad la cual tomamos sus sitios y en poco mas de media hora la derrotó completamente; esto tanta luz en una lluvia inmensa, sin ahúles, y como he dicho, desde el lugar en que me encontraba lo veia todo perfectamente. Los pocos soldados del gobierno paraban patrones que se arrojaban sobre una tropa de bayonetas, y aunque la comparacion no es propia, me la ha de dispensar, porque no tengo otras palabras con que respresar la bravura de ese puñado de hombres contra 300 montoneros. Derrotada la vanguardia los soldados del gobierno atacaron a otra partida que se encontraba a la izquierda y habiendo obtenido igual éxito, vuelven otra vez a reunirse y atacaron al otro cuerpo que derrotaron del mismo modo.

Desde el principio de la segunda carga,

yo y mi com el fin en me saban por s das direc ellas en la apoyados y a nosotros, que recibí me quebró corta dista los pedazos choque con morir; me dábamos y Nadie p creeria, si 300 mont horas no hi ni un cabal nocera V. ben hacer ban de m pircas de pi dos del gol atecando a ravo a dere dado ataca mediante escaparse. Nunca h tanta lijera y volvia i vo. El sub desafiándol muy buen le gritaba: a ti te aco mas de fu espada que capas com Los mon sus bueno del gobiern ninguno se El capit subteniente Si yo fuer dos tanto n vencidos d dad verdad el extremo que habian podido hac teniendo q bian como fue causa d rendian, y río e hizo j nero, lo e sigo. En cone los soldad reunidas a de la moral porque el garrotazos de los mo fueron mu habrian si dados no h racion y je cialmente e que se mos deponian la ga la tropa donde llegó Yo, aunq frago, por h ni equipaje favorecido pueblo, pu tigo conoc hecho olvid viaje.»

Parte Mi Co Por tero S. S. del nera de Hu ros de mi honra de n mas, atendi teriores ha didos que Colchagua. Como a u Chimbaron po convoya y monturas del sur, y e las once y e la descubre un grupo n media cien Tambien e «Convento mente nuu bo, y ciet carnos. S recibir co enemigo, mitad de s to y vigor mas delic bierno con guerra nec de castigar campos del ces señalar la victoria, ber que nu ponia. Cot mientos, di tocar con u donde a fa abrir, intró Mientras se enemigo, fu cuarenta he día, a retagt tra izquierd cuerdas de t formar en a dores para g cargas. A u logré con e como media de avanzar en dos part mamento; j el mismo p mas cercana rada. Mien mos del ene norte situad un cerrillo e de nosotros, carabina. Q cambiar de fi ostraños com deor a V. S. ron a escape guiéndolos u teniendo fat los, hice alt al trote en p cuales se ha la partida de se y sin teni nas me han corria mu de cuarenta casa de si mente me dar lugar mis solda rol cumpl escasa ita la fuerza s pues un g pa firme finalmente las cargas, o en masa

Nº 2899 / GUE 80
25 abril 1859